



Sesión especial

Miércoles 13 de junio, a las 12.10 horas

Presidente: Sr. Alburquerque de Castro

ALOCUCIÓN DEL EXCELENTÍSIMO SR. GIORGIO NAPOLITANO, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ITALIANA

EL PRESIDENTE

La Conferencia Internacional del Trabajo se honra en recibir la visita del Excelentísimo Sr. Giorgio Napolitano, Presidente de la República Italiana.

Para dar la bienvenida y presentar a nuestro ilustre invitado, concedo la palabra al Secretario General de la Conferencia, Sr. Somavia.

Original inglés: El SECRETARIO GENERAL DE LA CONFERENCIA

Signor Presidente Napolitano, gracias por hacer este viaje a la OIT.

Nos sentimos profundamente honrados por su presencia, la primera visita de un Jefe de Estado de Italia a nuestra Conferencia.

Y, con todo el respeto, señor Presidente, permítame decir que es un verdadero placer personal darle la bienvenida a esta Conferencia, que será mi última Conferencia como Director General de la OIT.

Usted es un símbolo. Toda su vida ha sido un activista por la justicia social. A partir de la destrucción de la guerra, se dedicó usted a construir la paz. A partir del dolor y la división ha fomentado usted el entendimiento y la unidad. Usted aporta la sabiduría de la experiencia a las exigencias del presente. Y los retos de hoy en día sólo le han servido para afinar aún más su visión de futuro y su defensa de un renacer y una renovación.

Señor Presidente, en este mundo complejo, su análisis de los problemas nacionales y mundiales es incisivo y constructivo. Tiene usted los ojos abiertos a la realidad y arroja usted luz cuando no la hay. Es usted verdaderamente un gigante visionario, fruto de una vida de probidad intelectual, claridad política y acción concreta.

Europa afronta hoy profundos retos, y hemos oído su llamamiento a la fidelidad para con los valores fundacionales de Europa a fin de conformar las estrategias de hoy y responder a las nuevas realidades y las nuevas expectativas.

Aquellos de nosotros que compartimos y admiramos los valores de una Europa construida con grandes dificultades tras la guerra, nos hemos visto muy alentados por sus palabras. No sólo en Europa hay preocupación por el futuro sino también en todos aquellos que admiran a Europa en el resto del mundo.

Su percepción incisiva ha llegado al meollo mismo de la crisis mundial, y le ha llevado a usted a

pedir un nuevo sistema de reglas para una gobernanza global eficaz. Como lo dijera usted muy atinadamente, «la globalización de los problemas exige la globalización de las soluciones».

Tal vez su inquietud por el futuro en ninguna parte está mejor expresada que en su preocupación por la amenaza que se cierne sobre los jóvenes, y más concretamente, y cito sus palabras, «el peligro de una grave recesión, una generación futura a la que se escamotean las perspectivas de empleo y de afirmación social». Esto lo llevó a usted a concluir, y le vuelvo a citar, que «el desempleo y la frustración de la juventud deben estar en el centro de nuestras preocupaciones, preocupaciones que afectan al tejido mismo de la sociedad». No puedo encarecer suficientemente la inmensa resonancia que esas palabras tienen en esta sala y en esta Conferencia.

Señor Presidente, usted encarna ese principio elemental de la Constitución de su país, y cito, «Italia es una República Democrática fundada en el trabajo». Su interpretación de este principio le ha llevado a recalcar que el valor del trabajo como base de la República exige más que nunca, y le vuelvo a citar, «un reconocimiento positivo del derecho al trabajo, y también exige la protección del trabajo en todas sus formas y aplicaciones». Esto lo encontramos también en nuestros propios principios fundacionales, nuestra Constitución dice que el trabajo no es una mercancía, y es la esencia del trabajo decente.

Estimado Presidente Napolitano, su país es Miembro fundador de la OIT, un amigo y sostén leal de la Organización y sus valores. Voces como la suya han sido fundamentales para sostener esa fe y esa acción. El compromiso italiano se expresa en tantos ámbitos, desde la ratificación de los convenios hasta el firme compromiso con nosotros como socio en la cooperación para el desarrollo y en el apoyo para nuestra contribución al proceso del G-20. Y al referirme al G-20, me permito señalar que en 2009 la OIT fue acogida muy cálidamente en la Cumbre del G-8 en l'Aquila, la primera a la que fue invitada la Organización y que sentó las bases para nuestra ulterior participación en el G-20.

También debo reconocer con gran aprecio el apoyo de Italia al Centro Internacional de Formación de la OIT en Turín que usted honró con su visita en 2006, una expresión más de su apoyo a nuestra labor.

Nos inspiramos en sus convicciones inquebrantables: la fuerza en la unión, el imperativo del diálogo, la unidad en la diversidad y la posibilidad de un orden mundial basado en la justicia. En un mundo

donde a menudo falta liderazgo, sus convicciones nos lo proporcionan. Es usted un faro muy necesario para la acción política y para la formulación de políticas.

Señor Presidente, usted ha instado a los jóvenes a que pongan sus miras en Europa y especialmente, y le vuelvo a citar, «en ese compromiso social que siempre ha sido un elemento inherente y distintivo de la visión europea del desarrollo económico». Este mensaje de crecimiento social incluyente es de alcance mundial, pero es, desde luego, muy pertinente aquí en la OIT.

(El orador continúa en italiano.)

Deseo manifestarle una enorme solidaridad habida cuenta de cómo la naturaleza está afectando la vida de los italianos y la vida de las familias, desde las tragedias de l'Aquila a la que están viviendo ustedes hoy día. Compartimos el sufrimiento de las familias y las comunidades italianas en este momento.

Estimado señor Presidente, ¡muchas gracias por haber honrado esta Conferencia con su presencia!

EL PRESIDENTE

Tengo el honor de conceder la palabra a nuestro distinguido invitado Sr. Napolitano, Presidente de la República Italiana.

Original italiano: Sr. NAPOLITANO (Presidente de la República Italiana)

Quiero agradecer su invitación al Director General, Sr. Somavia, así como las cálidas palabras con las que me ha presentado. Aprovecho esta oportunidad para saludar y felicitar a su sucesor, el Sr. Guy Ryder.

Nos sentimos muy cercanos a la OIT y estamos orgullosos de acoger una de sus oficinas en Turín.

La falta de trabajo, especialmente para los jóvenes, es un problema crucial para todos nosotros, mucho más agudo en algunos países en vías de desarrollo y con un gran crecimiento demográfico, y particularmente desestabilizante en las economías avanzadas con escaso crecimiento o en recesión. Pero el problema del empleo afecta también a las economías que registran una expansión fuerte y sostenida y que no siempre logran traducir el crecimiento en una creación igualmente sostenible de puestos de trabajo.

No cabe duda de que las cuestiones relativas a una adecuada tasa de empleo, por un lado, y al fortalecimiento de los derechos en el trabajo, por el otro, se manifiestan de forma muy distinta según las diferentes zonas económicas del mundo.

En mi breve intervención, quisiera referirme a estas diferencias y, al mismo tiempo, destacar cuál es el hilo conductor del compromiso que la OIT puede inspirar y que nos une.

Mi punto de partida y de análisis es naturalmente el área de la Unión Europea, de la cual Italia es parte integrante.

Mi país es uno de los más significativamente afectados por la crisis financiera y económica, y por la consiguiente crisis del empleo que ha golpeado en particular a la eurozona. En consecuencia, Italia está realizando denodados esfuerzos para superar las dificultades vinculadas al peso de la deuda pública acumulada en los últimos decenios. Pero frente a esas dificultades, en las discusiones de las instituciones europeas y los gobiernos de los principales Estados miembros de la Unión, con miras a buscar

soluciones, cobra cada vez más importancia la idea de relanzar el crecimiento como un complemento indispensable y urgente de las políticas de consolidación fiscal que buscan reducir el peso de las deudas soberanas y mitigar la presión que los mercados financieros ejercen sobre estos países.

No hay recetas fáciles para reactivar el crecimiento económico y, si bien hoy resulta ya casi obligatorio evocar la necesidad de un crecimiento sostenible, también se puede comprender fácilmente por qué el aspecto de sostenibilidad del crecimiento parece ser indispensable.

La crisis financiera estalló en los Estados Unidos en 2008 y se propagó a partir de allí a otras áreas del mundo, golpeando con extrema gravedad la eurozona. La crisis ha puesto de manifiesto la fragilidad y los aspectos «patológicos» del desarrollo económico que en etapas anteriores se produjo en algunos países sobre bases engañosas: no sólo la dilatación del gasto y del presupuesto público, sino también burbujas financieras e inmobiliarias que después estallaron estrepitosamente.

Para erradicar la crisis hay que construir sobre bases que no sean precarias y malsanas, bases que sean financieramente sostenibles, sólidas y duraderas en términos de competitividad. Esta es la dirección adecuada, que exige que seamos conscientes de que se trata de un enfoque que requiere un compromiso constante y ha de ser, necesariamente, innovador.

Reanudar la actividad productiva, volver a tasas apreciables de crecimiento del PIB en los países de la zona euro y en especial en un país como Italia no desembocará automáticamente en el aumento del empleo aunque es un factor imprescindible para resolver el problema del desempleo, especialmente acuciante entre los jóvenes. Por eso hay que acoger con satisfacción las propuestas orientadas a relanzar el crecimiento, como indica la Comunicación publicada el 18 de abril por la Comisión Europea y dirigida a las demás instituciones de la Unión Europea.

El título y el contenido de esa comunicación resultan significativos: *Hacia una recuperación generadora de empleo*. Si bien el objetivo formulado en la Estrategia 2020 es que el 75 por ciento de las europeas y los europeos de entre 20 y 64 años tengan un empleo, nos vemos hoy confrontados a una dura realidad: la caída al 68,9 por ciento de la tasa de empleo registrada en Europa en 2011 y el aumento, en febrero pasado, del desempleo, que supera el 10 por ciento.

Por eso, en el documento al que acabo de referirme se analiza correctamente una amplia gama de políticas que están dirigidas específicamente a respaldar la creación de oportunidades de empleo y se formulan líneas directrices y objetivos de reforma del mercado de trabajo, llegando a prever incluso la posibilidad de crear un verdadero mercado de trabajo europeo.

Entre los pilares de la estrategia para relanzar el crecimiento en Europa, que requiere un aumento sustancial del empleo como garantía esencial de equidad, ha de figurar, junto con las reformas estructurales, un incremento de las inversiones públicas en infraestructuras, en capital humano, en investigación y en innovación, especialmente en las regiones con menor desarrollo. Para ellos se necesitan recursos europeos, así como la movilización de nuevos instrumentos como los eurobonos para financiar proyectos comunes y, junto con todo ello, una programación y gestión más eficaces de los

fondos estructurales de la Unión que ya han demostrado su utilidad.

Pero todo esto no tiene nada que ver con volver a planteamientos teóricos que minimicen los riesgos de una política fiscal activa financiada con deuda, sobrevaloren el efecto inmediato del gasto público sobre la demanda agregada, atribuyan una función positiva a la inflación en relación con el crecimiento y subestimen la importancia de las fricciones financieras y el papel del crédito y la moneda y, por tanto, el potencial de la política monetaria.

Hace poco, el profesor Mario Draghi alertó de la vuelta a los enfoques teóricos y operativos del pasado en una intervención académica de alto nivel ante un público de especialistas y universitarios en la que tuvo ocasión de puntualizar rigurosamente las decisiones tomadas por el Banco Central Europeo bajo su presidencia.

Es necesario alcanzar el crecimiento a través de una combinación correcta de reformas estructurales, consolidación fiscal y reactivación de las inversiones públicas con fines específicos, y, sobre todo, hay que reavivar el compromiso asumido de cultivar los fines y los valores de la integración europea.

Tal como recoge el Tratado de la Unión Europea, la Unión «obrará en pro del desarrollo sostenible de Europa basado en un crecimiento económico equilibrado y en la estabilidad de los precios, en una economía social de mercado altamente competitiva, tendente al pleno empleo y al progreso social». Este era también el espíritu con el que, en el año 2000, se estableció la Estrategia de Lisboa, aunque sus resultados fueran, en definitiva, decepcionantes.

En realidad, el modelo europeo de desarrollo y de bienestar tiene que afrontar, más que nunca, desafíos y arduas pruebas a causa de las profundas transformaciones que se han producido a escala mundial en los últimos decenios. Esos desafíos comprenden, en resumen, los siguientes:

Competencia creciente de los países emergentes; la reorganización de los procesos productivos a escala mundial; la rapidez de la innovación; la creciente fragmentación de la trayectoria laboral, cada vez menos vinculada a puestos permanentes; la mayor inestabilidad de los núcleos familiares; el descenso de la fertilidad; la disminución previsible de la mano de obra y el envejecimiento de la población.

Los riesgos que las personas deben afrontar en el curso de su vida han cambiado de manera significativa. Por eso, en distintos países se han reexaminado y han evolucionado los sistemas de protección social. Esta es una necesidad a la que nadie puede sustraerse para no poner en riesgo los cimientos del modelo social que en la segunda mitad del siglo pasado hizo de la Europa unida un punto de referencia mundial.

La experiencia europea constituye un ejemplo que no es fácil extrapolar desde ningún punto de vista a otros contextos y otros continentes. No obstante, es sin duda una experiencia rica en enseñanzas y sugerencias. A pesar de que hoy Europa está replegada en sí misma en la búsqueda de soluciones para su crisis interna, se espera de ella que contribuya de forma sólida y clarividente, con una visión solidaria, respecto de las cuestiones relativas al crecimiento, el empleo y los derechos del trabajo que se plantean en realidades muy complejas y muy difíciles, como ocurre, por ejemplo, en las regiones del Mediterráneo y de África que están más influenciadas por los nuevos fermentos políticos y sociales.

Si en los países de la «primavera árabe» el desempleo de los jóvenes creció en cinco puntos en el último período, hay que ser conscientes — y lo tiene que ser la Unión Europea — de las repercusiones que puede tener entre los jóvenes el aumento de la exclusión y de la pobreza de cara a cualquier tentativa o esperanza de estabilización democrática de los movimientos de rechazo a las dictaduras inspirados en valientes reivindicaciones de la libertad y la dignidad.

Al mismo tiempo, rápidos procesos de transformación y de crecimiento, sobre todo en el último decenio, han convertido a grandes países de Asia y América Latina en motores de la economía mundial. Ahora bien, a raíz de esos procesos han surgido problemas sumamente importantes en lo que respecta a las condiciones de trabajo y los derechos de los trabajadores en esos mismos países e indirectamente, en los países europeos más avanzados socialmente.

En el área del antiguo G-7, cuyo peso en la producción y en la distribución de la riqueza mundial era determinante, se habían concentrado conquistas de bienestar social que en los últimos tiempos se han visto sometidas a las presiones crecientes de una competencia mundial cada vez mayor, una violenta competencia mundial.

Debemos preguntarnos si tenemos pues, que renunciar, en países como Italia, a los logros alcanzados con gran esfuerzo en materia de bienestar desde el final de la Segunda Guerra Mundial. ¿Tenemos que renunciar a esos logros para poder resistir a los nuevos y difíciles desafíos de una competitividad que no conoce fronteras? La respuesta no puede estar basada en el fatalismo y la resignación.

Estos retos exigen innovaciones profundas en todos los ámbitos, sobre todo en los países donde la industrialización se produjo hace más tiempo y con mayor nivel de bienestar material. Indudablemente, no todas las conquistas del pasado pueden considerarse sostenibles ni tampoco válidas frente a las nuevas concepciones y valoraciones del bienestar y de la calidad de vida.

Resulta significativo, por ejemplo, que en algunos países se haya hecho hincapié en opciones que, teniendo en cuenta la tendencia a una mayor flexibilidad y movilidad en el empleo de la fuerza de trabajo, favorecen la formación permanente o las políticas eficaces de reinserción profesional vinculadas a nuevas posibilidades de empleo.

Pero es importante para los nuevos países emergentes, y también necesario, para lograr un desarrollo mundial más equilibrado, que se avance en cuanto a la definición del piso de protección social mediante una recomendación que esta Conferencia se dispone a adoptar mañana.

La Organización Internacional del Trabajo puede, en este ámbito, reafirmar el papel histórico tan singular que desempeña desde sus inicios en el sistema de Naciones Unidas. En términos generales el hilo conductor común de nuestro compromiso, desde dondequiera que a cada uno de nosotros le toque actuar, incluso en condiciones muy diversas, tiene que ser el de una reafirmación fuerte, convincente y apasionada del valor del trabajo. Para superar los obstáculos que supone la complejidad de las situaciones y las decisiones que hay que adoptar desde el punto de vista jurídico, técnico y operativo, el factor decisivo será poner un firme empeño en relanzar los grandes ideales que abrazamos tras las trágicas experiencias de la primera mitad del Siglo XX y que

se consagraron con el nacimiento y la evolución de las Naciones Unidas.

La depresión sin precedentes y el desempleo masivo que generó la crisis de 1929 dieron lugar en el plano político al surgimiento de regímenes autoritarios y belicistas en Alemania y Japón, a la vez que se consolidaba el ya existente en Italia. Tras la terrible lección de la dictadura y de las agresiones nazi-fascistas y, en definitiva, de la devastadora Segunda Guerra Mundial, las fuerzas democráticas victoriosas que resurgieron por todas partes eran conscientes de la necesidad imperiosa de comprometerse de manera firme y concreta a aplicar políticas de desarrollo y de justicia social.

En Europa Occidental, en particular gracias a la contribución decisiva de los Estados Unidos, se sucedieron tres decenios de progresos económicos y sociales excepcionales conocidos como la edad de oro del desarrollo capitalista con fundamentos democráticos. En Italia, se produjo un verdadero milagro económico, que alcanzó su apogeo entre 1958 y 1963, y el pleno empleo fue la directriz fundamental en la que convergieron todos los progresos sin precedentes que se estaban logrando. No se puede negar que en los últimos decenios el concepto de pleno empleo, aunque figure explícitamente en los textos constitucionales y en los tratados europeos, como ya he mencionado, ha dejado de ser una prioridad, como consigna y como objetivo de las políticas públicas. Pues bien, es necesario que el pleno empleo vuelva a recuperar el lugar que le corresponde, aunque debemos ser conscientes de que este objetivo es hoy mucho más problemático y complejo que en los decenios de 1950 y 1960 en Europa Occidental.

Seamos claros, no podemos fijar los objetivos que hay que alcanzar atendiendo exclusivamente al crecimiento del PIB o a una mayor estabilidad financiera porque, como escribió el gran economista ita-

liano Federico Caffè, el pleno empleo no es tan sólo un medio para aumentar la producción; es un fin en sí mismo porque lleva a quien tiene dificultad para encontrar un empleo o vive con el temor constante de perderlo, a liberarse de la actitud servil. El logro del pleno empleo se debería medir sobre todo en términos de dignidad humana o, como dijo un gran escritor italiano, el trabajo representa la existencia misma del hombre y su historia, el trabajo es libertad. Pero, ¿no están la libertad y la dignidad de la persona entre los ideales supremos de Europa y de las Naciones Unidas?

EL PRESIDENTE

Muchas gracias señor Presidente por el mensaje que nos ha transmitido, que revela su visión política, nacional e internacional en plena sintonía con los principios y objetivos de la Organización Internacional del Trabajo.

Su voz se ha hecho sentir por la defensa de los derechos fundamentales en el trabajo y, asimismo, a favor de una globalización equitativa y de un mundo basado en el principio de la justicia social.

Su experiencia política y su concepción de la sociedad son fuentes de inspiración para las generaciones jóvenes, que luchan por construir un futuro mejor.

Parafraseando al gran poeta italiano Vittorio Alfieri, bien podríamos decir que en su intensa trayectoria de vida usted se mantuvo siempre fiel al verso «Volli, e volli sempre, e fortissimamente volli». (Querer, querer siempre, querer con todas nuestras fuerzas).

En nombre de mis colegas de la Mesa de la Conferencia, en el de todos los participantes y en el mío propio, queremos darle las gracias Señor Presidente Giorgio Napolitano Ha sido un gran honor recibir hoy su visita.

(Se levanta la sesión a las 12.45 horas.)

ÍNDICE

Página

Sesión especial

Alocución del Excelentísimo Sr. Giorgio Napolitano, Presidente de la República Italiana.....	1
--	---

.....
Se ha impreso un número limitado de copias del presente documento para reducir al mínimo el impacto ambiental de las actividades de la OIT y contribuir a la neutralidad climática. Se ruega a los delegados y a los observadores que lleven consigo sus copias cuando asistan a las reuniones y que se abstengan de pedir copias adicionales. Todos los documentos de la CIT se pueden obtener en línea en la dirección www.ilo.org.
.....